



H. P. Lovecraft

ÉI



E LEJANDRIA



H. P. Lovecraft

ÉI



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

ÉL

H. P. LOVECRAFT

PUBLICADO: 1925

FUENTE: [HTTPS://EN.WIKISOURCE.ORG](https://en.wikisource.org)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EDICIÓN ORIGINAL: WEIRD TALES, SEPTEMBER 1926

ÉL

Lo vi en una noche de insomnio en que caminaba desesperadamente para salvar mi alma y mi visión. Mi llegada a Nueva York había sido un error; pues en lugar del agudo asombro y la inspiración que había buscado en los abarrotados laberintos de calles antiguas que se tuercen sin fin desde patios y plazas y riberas olvidadas hasta patios y plazas y riberas igualmente olvidadas, y en las ciclópeas torres y agujas modernas que se elevan negras y babilónicas bajo lunas menguantes, había encontrado únicamente una sensación de horror y opresión que amenazaba con dominarme, paralizarme y aniquilarme.

La desilusión había sido gradual. Al llegar por primera vez a la ciudad, la había visto al atardecer desde un puente, majestuosa sobre sus aguas, con sus increíbles cumbres y pirámides alzándose como flores delicadas desde lagos de niebla violeta para jugar con las nubes en llamas y las primeras estrellas de la tarde. Luego se había ido iluminando ventana por ventana sobre las mareas centelleantes, donde los faroles se mecían y deslizaban y los cuernos profundos lanzaban extrañas armonías, y ella misma se había convertido en un firmamento de ensueño sembrado de estrellas, impregnado de música feérica, emparentado con las maravillas de Carasona y Samarcanda y El Dorado y todas las ciudades gloriosas y semilegendarias. Poco después me condujeron por aquellas vías antiguas tan queridas para mi fantasía —angostos callejones curvos

y pasajes donde hileras de ladrillo rojo georgiano guiñaban sus pequeñas buhardillas sobre umbrales con columnas que habían contemplado literas doradas y coches de paneles—, y en el primer arrebató de ver cumplidas estas cosas tan largamente deseadas creí haber alcanzado tales tesoros que me convertirían con el tiempo en poeta.

Pero el éxito y la felicidad no estaban reservados para mí. La cruda luz del día mostraba únicamente sordidez y extranjería, y la nociva elefantiasis de la piedra que trepaba y se extendía allí donde la luna había insinuado hermosura y antigua magia; y las multitudes que hervían por las calles en forma de canal eran extraños achaparrados y morenos, de rostros endurecidos y ojos estrechos, extraños astutos sin sueños y sin ningún vínculo con los escenarios que los rodeaban, que nunca podrían significar nada para un hombre de ojos azules de la vieja estirpe, con el amor de los verdes caminos apacibles y los blancos campanarios de los pueblos de Nueva Inglaterra en el corazón.

Así pues, en lugar de los poemas que había esperado, solo llegaron una negrura estremecida y una soledad inefable; y vi por fin una verdad aterradora que nadie había osado susurrar jamás —el secreto imposible de susurrar entre todos los secretos—: el hecho de que esta ciudad de piedra y estrépito no es una perpetuación consciente de la Vieja Nueva York, como Londres lo es de la Vieja Londres y París de la Vieja París, sino que en realidad está del todo muerta, con su cuerpo en expansión mal embalsamado e infestado de extrañas criaturas animadas que no tienen nada que ver con lo que fue en vida. Tras este descubrimiento dejé de dormir con tranquilidad; aunque algo de serena resignación volvió a mí cuando fui adquiriendo gradualmente la costumbre de mantenerme alejado de las calles durante el día y no salir sino de noche, cuando la oscuridad convoca lo poco del pasado que aún pervive como un espectro, y los viejos umbrales blancos recuerdan las figuras robustas que los cruzaron en otro tiempo. Con este modo de alivio llegué a escribir algunos poemas, y aun así me resistía a volver junto

a los míos por no parecer que regresaba ignominiosamente derrotado.

Fue entonces, en una de aquellas caminatas de insomnio, cuando conocí al hombre. Era en un grotesco patio oculto del barrio de Greenwich, pues allí me había instalado en mi ignorancia, habiendo oído que era el hogar natural de poetas y artistas. Los callejones arcaicos, las casas y los inesperados retazos de plaza y patio me habían deleitado verdaderamente, y cuando descubrí que los poetas y artistas no eran más que farsantes vocingleros cuya pintoresquería es de oropel y cuyas vidas son una negación de toda la belleza pura que es la poesía y el arte, me quedé por amor a aquellas cosas venerables. Las imaginaba en su esplendor, cuando Greenwich era un pueblo tranquilo aún no devorado por la ciudad; y en las horas anteriores al alba, cuando todos los juerguistas se habían escabullido, solía vagar solo entre sus enigmáticos recovecos y cavilar sobre los curiosos arcanos que generaciones debían de haber depositado allí. Esto mantenía viva mi alma y me daba algunos de esos sueños y visiones que el poeta que llevaba dentro reclamaba con urgencia.

El hombre se cruzó en mi camino hacia las dos de una nublada mañana de agosto, mientras yo atravesaba una serie de patios aislados; accesibles ahora únicamente a través de los oscuros pasillos de los edificios intermedios, pero que en otro tiempo formaban parte de una red continua de pintorescos callejones. Había oído hablar de ellos por rumores vagos, y comprendía que no podían figurar en ningún mapa de hoy; pero el hecho de que estuvieran olvidados no hacía más que acrecentar mi afecto por ellos, de modo que los había buscado con el doble de mi entusiasmo habitual. Ahora que los había encontrado, mi entusiasmo se redoblaba de nuevo; pues algo en su disposición insinuaba vagamente que no eran más que unos pocos de entre muchos similares, con oscuras y mudas contrapartidas encajadas oscuramente entre altos muros ciegos y traseras deshabitadas, o agazapadas sin luz tras arcos no delatados por hordas de hablantes de lenguas extranjeras, ni

guardadas por artistas furtivos y poco comunicativos cuyas prácticas no invitan a la publicidad ni a la luz del día.

Me habló sin que yo se lo pidiera, advirtiéndome mi estado de ánimo y mis miradas mientras examinaba ciertas puertas con aldabas sobre escalones con barandilla de hierro, iluminado débilmente el rostro por el pálido resplandor de unos dinteles de tracería. Su propio rostro estaba en sombra, y llevaba un sombrero de ala ancha que encajaba a la perfección con la capa anticuada que gustaba de usar; pero ya antes de que me hablara sentí una vaga inquietud. Su figura era muy menuda; delgada hasta casi la consunción; y su voz resultó ser extraordinariamente suave y hueca, aunque no particularmente grave. Me dijo que me había visto varias veces en mis vagabundeos, y había deducido que se me parecía en mi amor por las huellas de años pasados. ¿No me gustaría contar con la guía de alguien largo tiempo versado en estas exploraciones, y en posesión de un conocimiento local profundamente más hondo que el que ningún forastero evidente podría haber adquirido?

Mientras hablaba, entreabrí los ojos para captar un destello de su rostro en el haz amarillo de una solitaria ventana de buhardilla. Era un semblante noble, incluso apuesto, de anciano; y llevaba las marcas de un linaje y una distinción poco habituales para la época y el lugar. Y sin embargo, algo en él me inquietaba casi tanto como sus rasgos me agradaban —quizá era demasiado blanco, o demasiado inexpresivo, o demasiado ajeno al lugar, para hacerme sentir cómodo o tranquilo. Aun así lo seguí; pues en aquellos días sombríos mi búsqueda de la belleza y el misterio antiguos era lo único que mantenía viva mi alma, y lo consideré un raro favor del Destino topar con alguien cuya búsqueda afín parecía haber penetrado mucho más hondo que la mía.

Algo en la noche impuso el silencio al hombre de la capa, y durante una larga hora me guió sin palabras innecesarias; haciendo solo los comentarios más breves sobre nombres y fechas y cambios antiguos, y orientando mi avance en gran medida mediante gestos mientras nos apretujábamos por rendijas, cruzábamos de puntillas

corredores, trepábamos muros de ladrillo, y una vez avanzamos a gatas por un bajo pasaje abovedado de piedra cuya inmensa longitud y tortuosas curvas borraron por fin hasta el último indicio de ubicación geográfica que había logrado conservar. Las cosas que veíamos eran muy antiguas y maravillosas, o al menos así lo parecían a la escasa y dispersa luz con que las contemplé, y nunca olvidaré las tambaleantes columnas jónicas y las pilastras estriadas y los postes de hierro coronados por urnas y las ventanas de dinteles abocinados y los abanicos decorativos que parecían volverse más pintorescos y extraños cuanto más nos adentrábamos en aquel inagotable laberinto de antigüedad desconocida.

No encontramos a nadie, y a medida que pasaba el tiempo las ventanas iluminadas eran cada vez menos. Las farolas con que nos topamos al principio eran de aceite y de antiguo diseño romboidal. Más adelante vi algunas de velas; y por fin, tras atravesar un horrible patio sin luz donde mi guía tuvo que conducirme tomándome de la mano enguantada a través de la oscuridad total hasta una estrecha puerta de madera en un muro alto, llegamos a un fragmento de callejón iluminado únicamente por faroles ante cada séptima casa —increíbles faroles de hojalata coloniales con cima cónica y agujeros en los costados. Este callejón subía en empinada pendiente —más empinada de lo que creía posible en esta parte de Nueva York—, y el extremo superior quedaba cortado en ángulo recto por el muro cubierto de hiedra de una propiedad privada, más allá del cual pude ver una pálida cúpula y las copas de los árboles agitándose contra una vaga claridad en el cielo. En ese muro había una pequeña puerta de arco bajo de roble negro tachonado de clavos, que el hombre procedió a abrir con una llave maciza. Conduciéndome al interior, trazó un camino en completa oscuridad por lo que parecía un sendero de gravilla, y finalmente por un tramo de peldaños de piedra hasta la puerta de la casa, que abrió para mí.

Entramos, y al hacerlo me desvanecí casi por el vaho de infinita humedad que nos salió al paso, y que debía de ser el fruto de insalubres siglos de decadencia. Mi anfitrión no pareció reparar en

ello, y por cortesía guardé silencio mientras me conducía por una escalera curva, a través de un vestíbulo y hasta una habitación cuya puerta oí que cerraba con llave detrás de nosotros. Entonces lo vi descender las cortinas de las tres ventanas de pequeños cristales que apenas se distinguían contra el cielo que empezaba a clarear; tras lo cual se acercó a la repisa de la chimenea, sacó yesca y pedernal, encendió dos velas de un candelabro de doce mecheros, e hizo un gesto instando a hablar en voz queda.

A aquella débil claridad vi que nos encontrábamos en una espaciosa biblioteca bien amueblada y con paneles, de la primera mitad del siglo XVIII, con espléndidos frontones en la puerta, una deliciosa cornisa dórica y una chimenea magníficamente tallada con remate de volutas y urnas. Sobre las abarrotadas estanterías, a intervalos en las paredes, había retratos de familia bien ejecutados; todos oscurecidos hasta una enigmática penumbra, y que llevaban un inconfundible parecido con el hombre que ahora me hacía señas para que me sentara junto a la elegante mesa Chippendale. Antes de sentarse al otro lado de la mesa, mi anfitrión hizo una pausa como si se sintiera cohibido; entonces, tardíamente, se quitó los guantes, el sombrero de ala ancha y la capa, y quedó teatralmente revelado en pleno traje georgiano mediado, desde el cabello recogido y los cuellos de encaje hasta los calzones de rodilla, las medias de seda y los zapatos de hebilla que antes no había advertido. Hundiéndose lentamente en un sillón de respaldo de lira, comenzó a observarme con fijeza.

Sin el sombrero adquiría un aspecto de extrema vejez apenas perceptible hasta entonces, y me pregunté si esta marca imperceptible de singular longevidad no sería uno de los orígenes de mi inquietud. Cuando al fin habló, su voz suave, hueca y cuidadosamente amortiguada temblaba con frecuencia; y a veces me costaba gran esfuerzo seguirlo mientras lo escuchaba con un estremecimiento de asombro y una alarma a medias negada que crecía a cada instante.

—Tenéis ante vos, señor —comenzó mi anfitrión—, a un hombre de hábitos muy excéntricos por cuyo traje no es preciso ofrecer disculpa a alguien de vuestra perspicacia e inclinaciones. Meditando sobre tiempos mejores, no he tenido reparos en indagar sus costumbres y adoptar su atuendo y sus maneras; una indulgencia que a nadie ofende si se practica sin ostentación. He tenido la buena suerte de conservar la finca ancestral de mi familia, aunque la engulleron dos poblaciones; primero Greenwich, que se extendió hasta aquí tras 1800, y luego Nueva York, que se unió hacia 1830. Había muchas razones para guardar este lugar celosamente dentro de mi familia, y no he sido negligente en el cumplimiento de tales obligaciones. El señor que lo heredó en 1768 estudió siertas artes y realizó siertas descubrimientos, todos relacionados con influencias que residen en esta porción particular de terreno, y en sumo grado meresores de la más férea custodia. Algunas consecuencias curiosas de estas artes y descubrimientos me propongo ahora mostraros, bajo el más estricto secreto; y creo conocer lo bastante a los hombres como para no desconfiar ni de vuestro interés ni de vuestra lealtad.

Hizo una pausa, y yo solo pude asentir con la cabeza. He dicho que estaba alarmado, y sin embargo nada era para mi alma más mortífero que el mundo material y prosaico de Nueva York; y tanto si este hombre era un excéntrico inofensivo como si era un practicante de artes peligrosas, no me quedaba más opción que seguirlo y saciar mi sed de asombro con lo que pudiera ofrecerme. Así que escuché.

—A mi... antepasado —continuó suavemente— le pareció que había siertas cualidades muy notables en la voluntad de la humanidad; cualidades de una dominación poco sospechada no solo sobre los actos propios y ajenos, sino sobre toda variedad de fuerza y substancia en la Naturaleza, y sobre muchos elementos y dimensiones considerados más universales que la propia Naturaleza. ¿Puedo desir que desacató la sacrosantidad de cosas tan grandes como el espacio y el tiempo, y que empleó en extraños usos los ritos de siertas indias de sangre mezclada que acamparon en otro tiempo en esta colina? Esas indias se mostraban coléricas cuando se

construyó aquí, y resultaban maldita y persistentemente insistentes en pedir permiso para visitar la finca en luna llena. Años y años se colaron por el muro cada mes cuando podían, y realizaban siertos actos a hurtadillas. Luego, en el 68, el nuevo señor las sorprendió en sus rituales, y se quedó perplejo ante lo que vio. Tras ello llegó a un trato con ellas y cambió el libre aceso a sus tierras por el conocimiento exacto de lo que hacían; y supo así que sus abuelas habían tomado parte de sus costumbres de sus antepasados rojos y parte de un viejo holandés de los tiempos de los Estados Generales. Y que el diablo me lleve, me temo que el señor debió de darles un ron monstruosamente malo —con intención o sin ella—, porque una semana después de haber aprendido el secreto era el único hombre vivo que lo conocía. Vos, señor, sois el primero de fuera a quien se le dise que hay un secreto; y que me partan si hubiera arresgado tampoco jugar con... los poderes... de no ser porque andáis tan ardientemente tras las cosas del pasado.

Me estremecí mientras el hombre se volvía coloquial —y con el habla familiar de otra época. Continuó.

—Pero debéis saber, señor, que lo que mi antepasado obtuvo de esas salvajes de sangre mezclada no era sino una pequeña parte del saber al que llegó a tener aceso. No había estado en Oxford en balde, ni conversado sin provecho con un antiguo alquimista y astrólogo en París. Fue, en definitiva, llevado a comprender que todo el mundo no es sino el humo de nuestros intelectos; más allá del alcance de los vulgares, pero dispuesto a ser soplado y absorbido por los sabios como cualquier nube de tabaco de Virginia de primera. Lo que queremos, podemos crearlo a nuestro alrededor; y lo que no queremos, podemos disiparlo. No diré que todo esto sea enteramente sierto en el plano corporal, pero es lo bastante sierto como para procurar un espectáculo muy hermoso de cuando en cuando. Vos, a lo que colijo, os delectaríais con una visión más nítida de siertos años pasados de la que vuestra imaginación os procura; así que tened a bien reprimir cualquier susto ante lo que me propongo mostraros. Venid a la ventana y guardad silencio.

Mi anfitrión me tomó entonces de la mano para conducirme a una de las dos ventanas del lado largo de la maloliente habitación, y al primer contacto de sus dedos sin guante me quedé helado. Su carne, aunque seca y firme, tenía la cualidad del hielo; y casi me retiré ante su tirón. Pero de nuevo pensé en el vacío y el horror de la realidad, y me preparé con resolución para seguirlo adondequiera que me condujera. Una vez junto a la ventana, el hombre apartó las cortinas de seda amarilla y dirigió mi mirada hacia la oscuridad exterior. Por un momento no vi nada salvo una miríada de diminutas luces danzantes, muy, muy lejos. Luego, como en respuesta a un gesto insidioso de la mano de mi anfitrión, una ráfaga de calor relampagueante iluminó la escena, y miré hacia un mar de frondosa vegetación —follaje no contaminado, y no el mar de tejados que cualquier mente normal habría esperado ver. A mi derecha el Hudson centelleaba de manera inquietante, y en la lejanía vi el malsano fulgor de una vasta marisma salada constelada de nerviosas luciérnagas. El destello se apagó, y una sonrisa malévola iluminó el rostro cerúleo del anciano nigromante.

—Eso fue antes de mi tiempo, antes del tiempo del nuevo señor. Permitidme que lo intentemos de nuevo.

Me sentí desfallecer, incluso más de lo que me había hecho desfallecer la aborrecible modernidad de aquella maldita ciudad.

—¡Dios mío! —susurré—. ¿Puede hacer eso con cualquier época?

Y mientras él asentía y dejaba al descubierto los muñones negros de lo que en otro tiempo habían sido colmillos amarillos, me aferré a las cortinas para no caer. Pero él me sujetó con aquella terrible garra helada, y volvió a hacer su gesto insidioso.

El relámpago volvió a iluminar la escena —pero esta vez mostrando algo no del todo desconocido. Era Greenwich, el Greenwich de antaño, con aquí y allá algún tejado o hilera de casas tal como los vemos hoy, pero con hermosos callejones verdes y campos y retazos de prado comunal. La marisma seguía centelleando a lo lejos, pero en la distancia más lejana vi los

campanarios de lo que era entonces toda Nueva York; Trinity y Saint Paul's y la Brick Church dominando a sus hermanas, y una leve bruma de humo de leña flotando sobre el conjunto. Respiré con dificultad, aunque no tanto por la visión en sí como por las posibilidades que mi imaginación, aterrada, empezaba a evocar.

—¿Puede... se atreve... a ir más lejos?

Hablé con reverencia, y creo que él la compartió por un instante; pero la sonrisa malévola regresó.

—¿Más lejos? ¡Lo que he visto os convertiría en una estatua de piedra enloquecida! ¡Atrás, atrás, adelante, adelante, mirad, pazguato llorón!

Y mientras murmuraba la frase entre dientes, hizo de nuevo el gesto, haciendo surgir en el cielo un destello más cegador que cualquiera de los anteriores. Durante tres largos segundos pude atisbar aquella visión pandemonial, y en esos segundos vi una perspectiva que en adelante me atormentará para siempre en sueños. Vi los cielos plagados de extrañas criaturas voladoras, y bajo ellas una ciudad negra e infernal de gigantescas terrazas de piedra con impías pirámides arrojadas salvajemente hacia la luna, y luces diabólicas ardiendo en ventanas innumerables. Y apretujados de manera repugnante en las galerías aéreas vi a los hombres de ojos oblicuos y piel amarilla de aquella ciudad, ataviados horriblemente de naranja y rojo, y danzando frenéticamente al ritmo de los timbales enloquecidos, el entrechocar de obscenas crótalas, y el quejido maníaco de apagados cuernos cuyos interminables resposos subían y bajaban ondulosamente como las olas de un océano sacrílego de betún.

Vi esta perspectiva, digo, y escuché con el oído de la mente el blasfemo pandemonium de cacofonía que la acompañaba. Era el aullante cumplimiento de todo el horror que aquella ciudad-cadáver había despertado jamás en mi alma, y olvidando toda advertencia de guardar silencio grité y grité y grité hasta que los nervios me fallaron y las paredes se estremecieron a mi alrededor.

Entonces, cuando el destello se apagó, vi que mi anfitrión también temblaba; una expresión de espanto aterrador borrando a medias de su rostro la distorsión de rabia serpentina que mis gritos habían despertado. Titubeó, se aferró a las cortinas como yo había hecho antes, y sacudió la cabeza frenéticamente, como un animal acorralado. Dios sabe que tenía motivos, pues cuando los ecos de mis gritos se apagaron llegó otro sonido de una sugestión tan infernal que solo el entumecimiento de mis emociones me mantuvo cuerdo y consciente. Era el crujido continuo y furtivo de los peldaños al otro lado de la puerta cerrada con llave, como de la subida de una horda descalza o con calzado de piel; y por fin el precavido y deliberado manoteo de la manija de latón que brillaba a la débil luz de las velas. El anciano me arañó y escupió a través del aire mohoso, y articuló cosas con la garganta mientras se tambaleaba aferrado a la cortina amarilla.

—La luna llena... maldito seas... vos... vos perro aullador... los habéis llamado, ¡y han venido a por mí! Pies mocasines... muertos... ¡que os hunda Dios, demonios rojos, yo no envenenai vuestro ron... no he custodiado acaso vuestras malditas magias... os emborrashteis hastat caeros enfermoh, maldita sea, y encima habéis de echarle la culpa al señor... quitad, vos! No toquéis esa manija... aquí no tengo nada para vos...

En ese momento tres golpes lentos y muy deliberados sacudieron los paneles de la puerta, y una espuma blanca brotó en la boca del frenético mago. Su miedo, tornándose en una desesperación acerada, dejó espacio para el resurgir de su rabia contra mí; y avanzó tambaleándose un paso hacia la mesa a cuyo borde me sostenía. Las cortinas, todavía asidas con su mano derecha mientras la izquierda me arañaba, se tensaron y finalmente se desprendieron fragorosamente de sus altos soportes; dejando entrar en la habitación una inundación de aquel plenilunio que el clareado del cielo había presagiado. A aquellos rayos verdosos palidieron las velas, y una nueva apariencia de decadencia se extendió por la habitación que apestaba a almizcle, con su revestimiento carcomido, el suelo hundido, la repisa desportillada, los muebles desvencijados

y las colgaduras harapientas. Se extendió también sobre el anciano, ya fuera de la misma causa o por efecto de su miedo y su vehemencia, y lo vi encogerse y ennegrecerse mientras se tambaleaba hacia mí y trataba de desgarrarme con sus garras de buitre. Solo sus ojos permanecieron intactos, y ardían con una incandescencia dilatada e irresistible que crecía a medida que el rostro a su alrededor se carbonizaba y se reducía.

Los golpes se repitieron ahora con mayor insistencia, y esta vez llevaban un tinte metálico. La cosa negra que tenía frente a mí no era ya más que una cabeza con ojos, tratando inútilmente de arrastrarse por el suelo que cedía en mi dirección, y emitiendo de cuando en cuando pequeños y débiles escupitajos de malicia inmortal. Ahora golpes veloces y astilladores asaltaron los enfermos paneles, y vi el fulgor de un tomahawk al hender la madera que se rajaba. No me moví, pues no podía; y observé aturdido cómo la puerta caía en pedazos para dar paso a una colosal y amorfa afluencia de sustancia negrísima sembrada de ojos brillantes y malevolentes. Fluyó espesa, como una riada de aceite que rompe un mamparo podrido, derribó una silla al extenderse, y finalmente se coló bajo la mesa y atravesó la habitación hasta donde la cabeza ennegrecida con los ojos seguía mirándome fijamente. A su alrededor se cerró, engulléndola por completo, y al instante siguiente comenzó a retroceder; llevándose su invisible carga sin tocarme, y fluyendo de nuevo hacia aquel oscuro umbral y escaleras abajo, que crujieron como antes, aunque en orden inverso.

Luego el suelo cedió por fin, y me deslicé jadeando a la oscura habitación de abajo, ahogándome entre telarañas y a punto de desvanecerme de terror. La luna verde, brillando a través de ventanas rotas, me mostró la puerta del vestíbulo entreabierta; y al levantarme del suelo cubierto de escayola y zafarme del techo hundido, vi pasar ante ella un torrente espantoso de negrura con decenas de ojos malévolos brillando en su interior. Buscaba la puerta del sótano, y cuando la encontró, desapareció en él. Entonces sentí que el suelo de esta habitación inferior cedía como el del cuarto de arriba, y en una ocasión un estruendo en el piso de arriba fue

seguido por la caída, ante la ventana oeste, de algo que debía de ser la cúpula. Libre por un instante de entre los escombros, corrí por el vestíbulo hasta la puerta delantera; y al no poder abrirla, tomé una silla y rompí una ventana, trepando frenéticamente hasta el jardín abandonado donde la luz de la luna danzaba sobre hierba y maleza de casi un metro de altura. El muro era alto y todos los portones estaban cerrados, pero moviendo un montón de cajas en un rincón logré subir a lo alto y aferrarme a la gran urna de piedra colocada allí.

A mi alrededor, en mi agotamiento, no veía más que extraños muros y ventanas y viejos tejados a dos aguas. La empinada calle por la que había llegado no aparecía por ningún lado, y el poco que alcanzaba a ver cedió rápidamente a una niebla que llegaba desde el río a pesar del deslumbrante plenilunio. De pronto la urna a la que me aferraba comenzó a temblar, como si compartiera mi propio vértigo mortal; y al instante siguiente mi cuerpo se precipitaba hacia abajo, sin saber hacia qué suerte.

El hombre que me encontró dijo que debía de haber arrastrado largo trecho a pesar de los huesos rotos, pues un reguero de sangre se extendía tan lejos como se atrevió a mirar. La lluvia que empezaba a caer borró pronto este vínculo con el escenario de mi calvario, y los informes no pudieron precisar más que yo había aparecido desde un lugar desconocido, a la entrada de un pequeño patio oscuro junto a Perry Street.

Nunca intenté regresar a aquellos tenebrosos laberintos, ni indicaría a ningún hombre cuerdo el camino aunque pudiera. Quién o qué era aquella criatura antigua, no lo sé; pero repito que la ciudad está muerta y llena de horrores insospechados. Adónde ha ido, lo ignoro; pero yo he vuelto a los puros callejones de Nueva Inglaterra por los que las fragantes brisas del mar soplan al atardecer.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB